

## LO PERMANENTE Y LO TRANSITORIO DE LA CULTURA

### ESENCIA Y EXISTENCIA DE LA CULTURA

#### I

1.-La verdad que la inteligencia aprehende posee un valor absoluto, que en sí mismo no depende de las circunstancias del hombre que la de-vela; pero a la vez está implantada y nutrida por una situación concreta en la que logra todo su cabal sentido y comprensión. La verdad es un descubrimiento de un aspecto del ser, una adecuación o identidad intencional entre el acto intelectual y una faceta de la realidad. Tal adecuación existe o no, pero en sí misma siempre una y la misma, inmutable a través de los cambios históricos.

Que dos y dos son cuatro o que Colón haya descubierto América el 12 de octubre de 1492, son siempre verdad en cualquier momento y situación histórica. Es decir que la verdad es inmutable.

Introducir el elemento histórico o cambiante en la adecuación misma de la verdad, decir que una de esas afirmaciones puede ser verdad en un tiempo y dejar de serlo en otro, sería negar la misma adecuación y toda verdad. La absorción de la verdad en lo histórico hace imposible toda verdad, sin evitar la contradicción interna que tal postura implica al afirmar como verdad que no hay verdad o lo que es equivalente, al afirmar el carácter totalmente transitorio o temporal de la verdad.

2.- El entendimiento humano, pues, aprehende con su actividad espiritual lo esencial y permanente de las cosas, aun de las cosas cambiantes, trascendiendo el espacio y el tiempo, porque finca su ascenso de identidad intencional en el ser mismo de las cosas.

Y sin embargo la verdad es que tal aprehensión del ser no deja de pertenecer a un hombre individual, determinado con tal o cual temperamento y educación, con una peculiar manera de ser y colocado en tal lugar y momento, es decir, en una *situación histórica*. Estas circunstancias históricas concretas dependen, en definitiva, de la *materia signata quantitate*, la cual al ser dividida tanto al sujeto afirmante de esa verdad lógica como al ser objetivo o verdad ontológica aprehendida en tal afirmación. El hombre no puede dejar de ver la verdad -en sí misma e inmutable- sino desde su ubicación temporal y espacial que logran gracias a su ser

material, con sus preferencias y, preocupaciones personales dentro de las preferencias y preocupaciones de la región y época en que vive.

De acuerdo a estos elementos históricos de lugar, tiempo y manera de ser del hombre individual que actúa, la verdad será develada en una u otra de sus facetas y se encarnará en una expresión adecuada a tales circunstancias. Identificados en una misma posición filosófica y aún refiriéndose al mismo tema, la expresión de un filósofo medieval, renacentista o contemporáneo no puede ser exactamente la misma, cada una lleva la impronta de su época. Es decir, que en su *existencia concreta* la verdad posee caracteres accidentales transitorios, que no afectan a su *esencia inmutable*.

3.- Lo dicho respecto a la *verdad* vale también para las demás propiedades trascendentales del ser, con él identificadas: la unidad, la *bondad*, y la belleza.

Hay en la *unidad*, *bondad* y *belleza* -y también en la *utilidad* de los medios para su consecución- un aspecto permanente que le viene de su estructura íntima ontológica, de su *esencia*, con relación a la voluntad o a la inteligencia consideradas en sí mismas, respectivamente: un objeto es bueno o bello como acto que perfecciona el apetito de la voluntad o el apetito natural de la inteligencia humana, como tales. Pero la bondad y la belleza -y la utilidad también al igual que la verdad y la unidad, como el ser con que se identifican, están encarnadas en múltiples seres concretos situados en determinadas circunstancias históricas, y deben adecuarse al apetito espiritual no de un hombre en sí, sino de un hombre concreto con sus determinados trazos individuales, inclinaciones, gustos, educación, etc. y ubicado en una región geográfica y en una época histórica bien precisa.

4.- Respecto a la *verdad* y proporcionalmente también respecto a la *bondad* y a la *belleza*, pues, pueden darse dos errores externos: o afirmar que ella es absolutamente inmutable, de tal manera que se nieguen sus caracteres históricos cambiantes; o afirmar su carácter puramente histórico, negando su esencia inmutable. De hecho ambas posiciones extremas han sido adoptadas, respectivamente, por el *racionalismo esencialista* y por el *historicismo relativista*, por Hegel y Dilthey para referirnos a dos filósofos concretos.

El racionalismo de Hegel no tiene en cuenta la realidad histórica, que, en última instancia, está reducida a instancias o momentos de un *devenir dialéctico necesario y esencial* de la Idea absoluta. El devenir hegeliano -o el de Croce o de cualquier otro idealismo trascendental- no es el desarrollo temporal histórico propiamente tal 'por más que ellos se empeñen en hacerlo

coincidir con él, sino el desenvolvimiento dialéctico inmanente al Ser divino y, como tal, eterno, necesario e identificado con la Inmutabilidad. Desde luego que tal *devenir* es incompatible con la Inmutabilidad divina; pero en todo caso tal devenir a priori y necesario es también incompatible con la temporalidad y la contingencia propiamente tales y, más concretamente, con la libertad finita humana, Y. por eso mismo, con su carácter *histórico*, ya que la historia se constituye con la *temporalidad* o duración sucesiva del ser material informada por la *conciencia y la libertad* de la actividad espiritual del ser finito o del hombre. Lo Absoluto divino está más allá de la historia de lo mutable: es la eternidad o duración inmutable. Lo transitorio puramente material está más *acá* de la historia: es lo puramente temporal sin la unidad y posesión de sí por la conciencia y la libertad esenciales a la historia.

De hecho Hegel y, en general, el racionalismo han procedido con un método puramente racional, dialéctico y a priori, sometiendo la realidad histórica -finita y contingente- y el hombre mismo concreto a la verdad, la bondad y la belleza en sí, como si fuesen instancias de un Ser infinito y necesario. El racionalismo no resiste a una confrontación objetiva con la realidad empírica concreta y especialmente con la realidad histórica humana, transferidas estas al seno de una Idea o Espíritu Divino. La verdadera y humilde realidad de las cosas y del hombre y de su devenir histórico, o sea temporal y a la vez consciente y libre, no se avienen al rígido desenvolvimiento dialéctico establecido a priori por Hegel en el seno de la Idea trascendental. En este sistema lo finito y contingente han sido inmolados por Hegel en aras de la Idea absoluta, por lo cual el tiempo y la historia en aras de lo eterno y permanente del ser.

5.- En la posición extrema contraria, Dilthey ha de-velado la índole temporal histórica del hombre y de su vida. Pero no se ha detenido allí. Ha ido mucho más lejos: ha reducido al hombre y su vida a pura *temporalidad e historicidad*., En esta posición, la verdad, la bondad y la belleza, como el ser mismo, no son bienes o valores absolutos, sino que están determinados por la *Weltanschauung* o visión del mundo, propia de una determinada época. Y como la *Weltanschauung* en definitiva, brota irracionalmente del temple o manera de ser de la vida o de la historia., Síguese que el ser, la verdad, la bondad y la belleza están determinados totalmente por la *historia* y sumergidas enteramente en ellas que es lo mismo que la *vida*. No hay una verdad ni tampoco una bondad o belleza en sí, absolutas o esenciales, porque no hay un *ser* o esencia absoluto. Sólo es la movilidad de la *temporalidad o historicidad*, sólo es la *vida*., que crea y cambia continuamente tales valores por un fin pragmático como es el de articular al hombre con el mundo. La verdad y demás propiedades trascendentales del ser cuentan, carecen

de esencia o estructura propia y son creados por la vida como puros *medios*, transformados continuamente según las circunstancias y situaciones de la vida o de la historia -*Historicismo, Relativismo y Pragmatismo*.-

6.- Tanto el Racionalismo como el Historicismo son posiciones unilaterales, que se han detenido en uno u otro de los aspectos de la realidad humana sin aprehenderla en su integridad.

Lo paradójal es que, a fuerza de detenerse en la realidad espiritual permanente, el Racionalismo no sólo descuida la realidad material y cambiante del hombre y de las cosas, sino que acaba destruyendo la verdadera realidad espiritual de éste diluyendo su ser finito en una Idea impersonal divina: mientras que el Historicismo no sólo reconoce el ser o esencia permanente junto con las demás propiedades trascendentales de las cosas y del hombre, sino que, por eso mismo, termina destruyendo el mismo carácter histórico de éste y de su vida. Que el cambio, lo temporal ni siquiera tienen sentido sin el *ser* que cambia.

7.-Porque la verdad es que en la realidad de las cosas y sobre todo en la del hombre se han de distinguir cuidadosamente dos aspectos: el de su *esencia* y el de su *existencia* concreta, lo permanente que la constituye en tal realidad específica y lo cambiante que la coloca en su realización individual. Aquél, que proviene de su *forma* o acto que lo constituye de una manera estable en *tal esencia* éste, que procede de su *materia cuantificada*, que lo hace tal o cual individuo con sus notas propias exclusivamente suyas y cambiantes dentro de su misma esencia específica implantado en el espacio y el tiempo.

Por lo demás, la materia ya de por sí y por las modificaciones introducidas por el hombre está sujeta a continuo cambio y crea circunstancias nuevas, las cuales a su vez modifican la situación y actuación histórica de aquél. Esto hace que la vida espiritual del hombre -como el espíritu humano que forma con la materia una unidad sustancial-. permaneciendo siempre en sí la misma, en relación con la verdad, el bien, y la belleza trascendentes y con los medios para alcanzarla, asuma encarnaciones concretas de acuerdo sólo a la índole individual de cada hombre sino también a la de las circunstancias de tiempo y lugar que lo rodean y actúan sobre él y a las que por su cuerpo que lo individualiza está sometido.

8.- De aquí que en la *cultura* -la obra realizada por la actividad espiritual humana en el propio hombre y en las cosas materiales con subordinación a él en busca de la consecución de los bienes o valores trascendentes del espíritu: la *verdad*, la *bondad* y la *belleza*, y también de los medios: la utilidad- debemos distinguir también esos dos aspectos fundamentales: el uno permanente, determinado por la *esencia* de la *cultura*, y el otro cambiante, Determinado por el temperamento y *realidad individual* de quien lo realiza y por las notas características espacio-temporales o históricas concretas.

En su esencia, la cultura está constituida ante todo por los hábitos que perfeccionan de un modo permanente la inteligencia y la voluntad -y sus facultades materiales ejecutivas, subordinadas a ellas- los cuales las conducen con seguridad a la consecución de la verdad y la realización del bien y de la belleza en sí y en las cosas y al logro de los medios útiles para alcanzar aquellas y que constituyen en el orden teórico o de la Inteligencia, la *Ciencia* y *Filosofía*, y en el orden práctico y artístico y técnico de la inteligencia y la voluntad a la vez, la *Moral*, el *Arte* y la *Técnica*.

*Ciencia y Filosofía, Moral, Arte y Técnica* y Religión -resultante ésta en un orden natural de la Filosofía y la Moral- son las manifestaciones y encarnaciones de la cultura. La constitución *esencial* y el *valor Permanentes* dependen de la consecución en mayor o menor grado de la verdad, el bien y a belleza, y también de la utilidad en el hombre y en las cosas. No hay cultura filosófica ni científica sin consecución de la verdad, ni cultura moral ni artística sin consecución del bien y la belleza.

9.-Pero el modo como se logra esa cultura o consecución de la verdad, bondad y belleza y utilidad, es múltiple y diversa y no se agota en ninguna realización concreta de la misma.

En la existencia concreta de los hombres que la realizan y de su obra realizada, la Filosofía, el Arte, y demás manifestaciones de la cultura, conservando su *esencia* inmutable que les viene de la vida espiritual y humana en prosecución y obtención de sus respectivos bienes trascendentes, e individualiza de múltiples maneras de acuerdo al lugar y la época o situación histórica y a las dotes y hábitos notas propios del autor y que constituyen *lo accidental* y lo cambiante de la cultura.-Vemos así cómo la expresión bella de un mismo tema -verbigracia, la Santísima Virgen- se formula y reviste de caracteres muy distintos según sea la región y la época con sus respectivos gustos y medios técnicos y la índole y métodos propios del artista.

10. -Pero hay más. Aun dentro de tales caracteres cambiantes de la cultura, podemos distinguir todavía los que provienen de una situación histórica propia de una época y de un lugar y los que provienen de la idiosincrasia individual propia del autor de la expresión cultural.

A) Los primeros poseen ciertos rasgos comunes y más o menos estables, dentro de una época y lugar' y es lo que con sagacidad ha de-velado la mirada de Dilthey y ha llamado con el nombre de *welt-anschauung* o visión del mundo. Dilthey ha hecho depender tal *welt-anschauung* exclusivamente de la vida o de la historia, es decir, ha suprimido en ella el *elemento esencial* que les viene de los valores absolutos de la verdad, bondad y belleza que la constituyen. Pero si restituimos al concepto de *Welt-anschauung* tales valores absolutos, la observación de Dilthey cobra todo su valor y permanece intacta en cuanto a la encarnación o formulación concreta de la *cultura*: su dependencia del lugar y momento histórico, que trasciende al propio autor de la misma. Una misma tesis o -argumento filosófico expresan o dependen de una misma verdad, o una obra de arte del mismo género acerca de un mismo tema, se formulan de diversa manera de acuerdo a las diversas circunstancias de la época, y aun dentro de la misma e época de manera distinta de acuerdo a los rasgos personales del filósofo o d artista respectivo.

Por lo demás, tales rasgos provenientes de la situación histórica, son solidarios entre sí, poseen una raíz común --certeramente señalada por Dilthey en la *Welt-anschauung*, con la corrección que hemos apuntado de su integración en el orden esencial permanente- y que expresan la *manera de pensar, de ver, sentir y expresarse*, común de una época. Así podríamos decir que la unidad, rasgo dominante de la ciencia y del arte y filosofía de la organización religiosa, moral y política de la Edad Media, proviene como de su raíz, de una *Welt-anschauung onto y teocéntrica* dentro de su situación histórica concreta. Del mismo modo podría señalarse el *antropocentrismo* como la *Welt-anschauung, de la que proceden las encarnaciones culturales de la Edad moderna*. En ocasiones la *Welt-anschauung* llega a modificar total o parcialmente - y a falsear por ende- la esencia misma de la cultura, y entonces tal modificación no es puramente accidental ni se refiere únicamente a su encarnación histórica, in que, en la misma medida que toca su esencia, la desnaturaliza. Es lo que sucede, por ejemplo, con la Religión cristiana, cuando en la Edad Moderna no sólo sufre modificaciones que afectan meramente lo accidental de su doctrina o de su vida -como acaece en los cambios e introducción de nuevas formas litúrgicas o de nuevos métodos de oración v nuevas organizaciones de la vida religiosa, por ejemplo los aportados por San Ignacio de Loyola y San Francisco de Sales en la Edad

Moderna- sin que tocan desnaturalizan su esencia misma, como sucede con el Protestantismo. Sin duda otro tanto podría afirmarse respecto de algunas manifestaciones del llamado arte contemporáneo.

Esta encarnación o rasgos permanentes o comunes de la cultura de una época, constituyen el *estilo* con sus diversos *sub-estilos*. Así el estilo Medieval o Renacentista, y dentro de éste, en lo referente al arte, el estilo italiano o flamenco. Aun dentro de un mismo estilo, podemos seguir los grados sucesivos en su formación, por eje lo en el arte moderno podemos señalar desde los primitivos al quattrocento y de éste hasta los grandes representantes del Renacimiento. Tales rasgos de la cultura -en sus dimensiones teóricas y práctico-artísticas y también técnicas-comunes y permanentes a todas sus manifestaciones y solidarias entre sí, forman una trama tupida, la cual, unida a la esencia -bien que en grado sólo estable no precisamente inmutable como el de ésta- presiona y se impone a los actores o realizadores de la misma. Estos rasgos comunes o *estimo* de la cultura llega a constituir un modo de *pensar, querer y sentir*, más o menos comunes a los hombres de una época y lugar, el cual actúa de un modo casi uniforme e inconsciente en ellos, como consubstancializado con la misma actividad espiritual realizadora de la cultura.

B) En cambio, la *manera* de pensar de un filósofo o de organizar la política de un estadista -aun dentro de la aceptación de los ores esenciales y de su estilo común de expresión de una época- es lo que constituye *el estilo personal*, que cuando crea formas realmente nuevas y sobresalientes, proviene del *genio*. Así en el estilo renacentista italiano del Siglo XVI podemos descubrir los rasgos de creación propia de Leonardo, de Rafael -o de Miguel Angel; dentro de la música romántica, los de Mozart o Beethoven. Precisamente la creación de nuevos modos y métodos de pensar, obrar y hacer los mismos valores trascendentes del ser, unidos al cambio de circunstancias y a la modificación de los medios técnicos, van ayudando a cambios paulatinos de la *Weltanschauung* o del *estilo* de las épocas, el cuál no es, por eso, sino relativamente el mismo en una determinada época, sujeto como está a una continua e incesante mutación. El estilo individual, llevado en alas del genio o por lo menos de una vigorosa inteligencia, es el que más contribuye al cambio de estilo sucesivo una época histórica.

11.- La cultura, pues, tiene una *esencia permanente* y una *encarnación* concreta cambiante a través de la historia -época y lugar- y de sus actores. Como la *verdad, bondad y belleza* -y

también la *utilidad* de los medios que la encarnan- la cultura es inagotable en su *esencia*. En efecto, la verdad, bondad y belleza identificadas con el ser, son en última instancia, la *Verdad, Bondad y Belleza del Ser* de Dios y, como tales, infinitas. De aquí que ninguna encarnación *humana* de las mismas, ninguna expresión *cultural* -esencialmente finita- pueda agotarla; ya que, aun buscando la consecución de una determinada verdad, bondad y belleza lo que el hombre realmente busca en sus realizaciones culturales aun muchas veces sin saberlo es aquella Verdad, Bondad y Belleza infinitas a través de sus participaciones en que se refleja. Por otra parte, la evolución constante de los medios materiales, el cambio incesante e las circunstancias históricas, el templo propio de cada época y dentro de ésta el modo de ser individual privativo de cada uno, ayudan a la mutación continua de la encarnación de la cultura aun para expresar el mismo bien o valor concreto; mucho más, *si* se tiene en cuenta que el Bien supremo buscado en las formas limitadas de la cultura es, en última instancia, el Bien infinito.

Esta nota de *inagotabilidad* y multiplicidad y *diversidad* de los modos de formulación de la cultura se acentúa aun más cuando la actividad espiritual del hombre se esfuerza por aprehender o expresar directamente la Verdad, Bondad y Belleza en sí de Dios, y más todavía, si lo intenta hacer en su realidad sobrenatural, sólo accesible al hombre a través de la fe, cierta pero oscura.

De todos modos, interesa subrayar aquí que las modificaciones o cambios de la cultura, -sea en su forma de *estilo* de una época o región, sea en el estilo o *modo personal* de un autor- en tanto son encarnaciones de la cultura, en cuanto conservan en mayor o menor pureza la *esencia* o notas constitutivas de la misma o, en otros términos, en cuanto encierran en su seno los bienes o valores trascendentes de la verdad, bondad y belleza o el de la utilidad. Cada edad, cada región, cada pueblo, cada comunidad y cada hombre tiene el *derecho* de expresar y encarnar esos *bienes esenciales* de la cultura, con su propio estilo y con sus propios métodos y medios; pero también tiene *la obligación* de no destruirlos o disminuirlos so pretexto de lograr nuevas formas ya que estas en tanto valen como cultura, en cuanto son -expresión y portadora de aquellos bienes de la cultura, que no son otros que el *ser* en su forma de *verdad, bondad y belleza* y, en suprema instancia de la Verdad, Bondad y Belleza de Dios y que son los bienes que desde la trascendencia -en definitiva, infinita y eterna- perfeccionan y actualizan la actividad espiritual y el ser del hombre.

12.- Por eso, si a la cultura le es esencial la *encarnación histórica mudable* -sin la cual no podría existir ni concebirse siquiera como cultura- para constituirse y seguir siendo cultura, debe conservar intacta su *esencia* la que la constituye tal por encerrar en su seno los bienes o

valores de la verdad, bondad y belleza trascendentes, ha de permanecer inmutable e intocada en la realización o expresión de tales valores a través de todas las *variaciones de más realizaciones concretas*, so pena de destruirse y aniquilarse como cultura, ya que, diluida o desnaturalizada tal *esencia*, sólo permanecerían los restos muertos, el cuerpo de sus formas externas, vacíos de aquella realidad que le confiere *clima, unidad* y sentido. Porque si, . por su estructuración concreta a cultura pertenece a la vida terrena y se organiza para proporcionar al *homo viator* los medios de perfeccionamiento de su vida espiritual en el acaecer del tiempo, por los bienes trascendentes que llega a encerrar en parte y para cuya consecución plena trabaja como meta o fin supremo: la Verdad, Bondad y Belleza infinitas, la cultura cobra su pleno y cabal sentido desde la vida inmortal del *homo beatus*, para la que ella eficazmente prepara. y conduce. Desde la vida del tiempo, en que esencialmente se implantarla cultura se constituye 'por los bienes imperecederos que tienen su patria en la Eternidad y, en definitiva, en Dios.

Mons. Dr. Octavio N. Derisi  
Universidad Católica Argentina  
Santa María de los Buenos Aires